

**LÁZARO CARRETER, Fernando** (2003): *El nuevo dardo en la palabra*, Madrid: Aguilar. 262 páginas.

Vuelve Lázaro Carreter con una nueva entrega de sus *dardos*, tan útil, necesaria e instructiva como la anterior –publicada hace cinco años en Círculo de Lectores– pero más breve (262 páginas por 757), más divertida y más... cómo diríamos, actualizada, en el sentido de que el autor esta vez incorpora, junto a sus eruditas y serias explicaciones, términos, expresiones, incorrecciones, innovaciones y ejemplos, más propios de la ruta del bacalao, pongamos por caso, que de lo que el profano supone que deben ser las discusiones de la Academia. Esa ruta noctámbula juvenil es citada en el libro, precisamente, con la intención de mostrar el aire fresco que entra, y que debe entrar, continuamente en el idioma, renovándolo. Para hablar de ella don Fernando se vale, una vez más, de una pulla –eso sí, cariñosa y comprensiva en su ironía– a sus muy queridos, y corregidos, periodistas futboleros (página 109):

Conforta mucho el desenfado con que muchos cronistas deportivos entran a saco en la lengua: la airean, la flexibilizan, la meten en la ruta del bacalao, y, en sus dicharachos, espléndida la juventud que le inyectan. ¿Por qué, si todo cambia, hemos de mantener un idioma de cuello duro? Cambiémoslo, pues, para adecuarlo al mundo actual.

Cambiémoslo, en efecto, pero con sentido común, parece decir el sabio, pues el avance al que se refiere la cita anterior –confundir “ridiculizar con poner en ridículo”– le parece “osado, en casos como el presente” (110), es decir, en casos en los que un equipo no hace sino vencer con holgura a su rival. El Valencia había ganado al Barça por 4-1; por lo tanto, le puso en ridículo. Pero si leemos que le ridiculizó lo que en realidad se nos está diciendo es que, a los catalanes, los del Turia “les sacaron la lengua, les restregaron el cuatro por las narices, les colgaron monigotes en la espalda y les hicieron la mamola”. Y eso, ciertamente, no pasó.

Ejemplos deliciosos del aire fresco que se cuele por los cuatro costados en el libro, como en el idioma, son las pequeñas historias –desde *sketches* de lo cotidiano hasta novelas en una línea– con las que el autor nos ilustra sobre la evolución de ciertas expresiones. Son, además, historias no tomadas de los medios, que es de donde están sacadas la mayoría de las incorrecciones, sino surgidas única y exclusivamente de su nuevo y renovado “puño y letra”. Veamos algunas relativas al uso introductorio del “verás” y del “te cuento” (45):

- “Verás: estaba ayer en la ducha telefoneando y, con el jabón, se me escurrió el móvil...”

“- Te cuento. Así es como empieza a detallar su aventura la chavala que, una noche mágica de porro, compartió un viaje al cielo con el novio de su hermana, y, ahora, pues claro...”

Pero no todo es, claro está, fútbol y bacalao. Las críticas de este libro se reparten por igual entre todas las especialidades periodísticas y entre todas las edades. También, entre todas las

profesiones. Así, a un legislador le llama “abstruso” por confundir *asequible* y *accesible* (149), pues lo primero es “de fácil comprensión” y lo segundo “fácil de alcanzar”. De su banco dice lo que no diría de cualquier chaval que sepa leer y escribir: que no sabe poner las mayúsculas ni respetar la concordancia de número (151). Y a los políticos les afea el uso que hacen de la sintaxis en ejemplos como el que sigue: “Mariano Rajoy ha dicho que ‘si somos objeto de ataques por Liaño, nos defenderemos’” (160). Tras lo cual explica que el Gobierno no teme las “embestidas por parte del señor Liaño”, sino que “está dispuesto a dar estopa si lo atacan por el indulto del ex juez”. También, a propósito de los políticos, se escandaliza por la utilización de auténticos engendros verbales, como “periferizar” (164), que puede querer decir algo así como llevar hacia la periferia, o, más libremente, dedicarse a la parte externa de algo, sin profundizar. Este verbo de nuevo cuño –leído en frases como: ...”EE.UU. y la Unión Europea parecían capaces de ‘periferizar’ o encapsular las crisis regionales” –le sirve al maestro para esbozar el inicio de otro argumento romántico, esta vez con una dama que se hace la estrecha como protagonista:

“ - Cuán dulce puede resultar esta súplica musitada: ‘Eso no, cariño. Sólo periferizar’”.

Otra perla extraída del lenguaje de los políticos es la de “bancaizar” (189). ¡Ojo, que este verbo existe! Pero una cosa es que existan ciertos verbos, aunque sean horribles; y otra, que se usen bien. Bancaizar, según la Academia, quiere decir “desarrollar las actividades sociales y económicas de manera creciente a través de la banca”. Pero con llenar los pequeños pueblos de oficinas bancarias, que era el sentido que un político le daba al verbo, no se les “bancaiza”, dice el libro, “sencillamente se les hace más felices”. Otro tanto ocurre con términos que, si bien no ofenden, tampoco son utilizados con propiedad muchas veces. Es el caso de “detectar” (218) o de “instar” (220).

Pero quizá la palma se la lleva Internet. Ahí se puede ver lo siguiente, a propósito de una exposición de Goya en Washington, y bajo una invitación a leer la información “en español”:

“Goya (y Lucientes), Francisco (José) de (b. de marcha la 30 de 1746, Fuendetodos, España-d. De abril el 16, 1828, Burdeos, capítulo), artista consummatel y español que pinturas, dibujos, y grabados multifarious reflejaron agitaciones históricas contemporáneas e influyeron los importantes diecinueveavo y 20th-century. La serie de agua-fuertes “Los desastres de la guerra” registra los horrores de la invasión de Napoleonic. Sus obras maestras en la pintura incluyen el ‘Maja desnudo y el Maja arropado’.” (Pp. 197-198)

Sin comentarios.

Sí merece algún espacio, sin embargo, y seguramente también algún propósito de enmienda, las pullas que Lázaro Carreter dedica a la Universidad, pues tampoco ésta sale limpia de *El nuevo dardo...* Si de concordancia hablábamos, “Primer área” se dice, por ejemplo, en la página *web* del Consejo de Universidades (97). Menos mal que no todo son críticas, por lo menos para los periodistas. Es de agradecer que un libro como éste, tan cer-

cano por tantas cosas al periodismo –se publicó en primer lugar en forma de artículos en *El País*, entre 1999 y 2002- se ocupe también de aspectos que atañen al fondo de la profesión, no sólo a cuestiones de lenguaje. Incluso aunque el autor realice estas consideraciones, como es lógico, desde un punto de vista exclusivamente gramatical. Nos referimos, por ejemplo, al sempiterno error de llamar “la editorial” a un género como es el editorial (173). O al uso indiscriminado del “te comento” para expresar tanto comentarios propiamente dichos como narraciones (46), lo que en la profesión tendría que ver con la sagrada separación entre información y opinión. Con estas incorrecciones limitamos las posibilidades expresivas de muchos términos. Y, lo que es peor, limitamos el cerebro. Cuidemos, pues, el idioma. Bienvenida sea esta guía para hacerlo.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA  
Universidad Complutense de Madrid